

EL TIEMPO PROPICIO DEL CRECIMIENTO

JOSÉ LUIS DEL BARCO

Documento recibido:
Versión definitiva:
BIBLID [1139-6600 (2010) n° 12; pp.]

RESUMEN: Desde un análisis del *Curso de teoría del conocimiento* en este trabajo se afronta la peculiaridad del tiempo humano, especialmente del tiempo de la esencia humana, y se glosa la importancia de la virtud.

Palabras clave: Polo, tiempo, virtud.

SUMMARY: From an analysis of *Curso de teoría del conocimiento* this paper addresses the uniqueness of human time, particularly time of human essence, and it glosses over the importance of virtue.

Key words: Polo, time, virtue.

La insolvencia del pensamiento se manifiesta en la dispersión. Hasta lingüísticamente, la dispersión entraña cierto fiasco, pues supone la rotura de la unidad anterior o de la requerida para la integridad o consistencia de algo. Cuando un rayo de luz choca con un prisma u otro medio adecuado, los colores espectrales se disgregan y desunen. La Óptica llama al fenómeno dispersión. Dispersar al enemigo es diseminarlo para que huya en desbandada y anular su capacidad de combatir. “Disperso” es un adjetivo peyorativo en casi todos los órdenes. Pero en ninguno tan rotundamente como en el pensamiento. Un pensamiento disperso es un oxímoron. Las ideas no son retazos o trozos de razonamientos que haya que encajar como losanges de un friso o piezas de un puzzle para organizar lo desperdigado. Son objetos poseídos por la inteligencia y no son dispersos sino conmensurados. La indigencia ineludible del pensamiento disperso resulta insoportable y se urden procedimientos para paliarla. Uno de los más grandiosos es el sistema. Nada menos que Spinoza y Hegel se incluyen en la nómina de constructores de edificios sistemáticos. Pero el sistema es un descenso de la altura axiomática que exige el conocimiento. “La axiomática no es la sistemática” (I, 8, 19). La segunda es cierto menoscabo del rigor de la primera. Aprovecha la posibilidad de usar los axiomas como postulados. El uso es posible pero no es el mejor, pues reduce el alcance de lo indudable y patente -lo más digno- del conocimiento. El remedio de la dispersión es la coherencia. Con nociones desligadas, sueltas o inconexas se construyen mosaicos no un pensamiento traba-

do. No ocurre así por capricho, ingeniosas ocurrencias o decisión de la voluntad, sino por exigencia de la unión de los temas. Hasta cierto punto todo tiene que ver con todo. Ese mutuo remitir exige un esfuerzo de síntesis y apelar coherentemente a todo para esclarecer unas cosas con otras. Eso, nada menos, es la filosofía: “aprovechamiento de la coherencia de las nociones” (I, 11, 32).

2

El pensamiento de Leonardo Polo es coherente. En su obra filosófica las ideas no bailan y el menor descuido resulta fatal. La comprensión del conjunto se resiente o resulta imposible cuando se desdeña, por estimarla fútil o de poca importancia, una noción cualquiera y no se apura hasta el fondo. Las facultades orgánicas, el paso asombroso de lo real a lo intencional o la vida se entienden mal si se omite o minimiza la de cambio de signo. La explicación causal es inadecuada para las primeras, ya que no causan ni la operación ni el objeto. Son “sólo” condición antecedente y principio de ambos, aunque de distinto modo en cada caso. Así que hace falta ascender cognoscitivamente de la causa al principio para comprenderlas sin distorsiones. El ascenso revela que el principio es superior a la causa y a esa superioridad llama Polo “cambio de signo”. Si éste se desajusta o emplea como pieza teórica suelta de lo demás, se resiente, asimismo, la comprensión de la vida. El rasgo esencial de ésta es la resistencia a la corrupción. Los influjos exteriores no la destruyen, sino que los integra o asimila. La eficacia de los efectos físicos es distinta en lo inerte y en lo vivo. Lo inerte los aguanta y lo vivo los hace suyos. La vida neutraliza la secuencia causa-efecto porque sustituye el efecto por vida. La transformación en vida de lo que no es vida es el cambio de signo esencial de lo vivo. La dificultad inversa del axioma de la intencionalidad, el paso de lo real a lo intencional, tampoco se resuelve sin tener en cuenta el cambio de signo. No lo hace la propuesta fisiológica del segregado. Es imposible que las ideas sean productos biofísicos porque lo físico da lugar a lo físico. Tampoco lo consigue la sugerencia ocasionalista. El ocasionalismo busca la solución al margen de las causas físicas y eso significa negar las causas segundas y poner a Dios como única causa en todos los órdenes. La solución de la dificultad en el nivel sensible - en el intelectual la resuelve el intelecto agente- la anuncia la vida. Está prefigurada en “el cambio de signo que es el significado del vivir más elemental” (I, 7, 54). Otro tanto se aprecia con la noción de sensible *per accidens*. El sensible excepcional es un “objeto sentido no prece-

dido por especie impresa” (I, 12, 2). Su expresión es “fastidiosa”, reconoce Polo, pero eso no la exime de empleo coherente ni autoriza a condenarla a marginación. El conocimiento sensible y la operación incoativa del intelectual no se entienden bien cuando se hace una u otra cosa. Quedan envueltos en cierto halo de duda que arruina su certidumbre axiomática. La del primero salta a la vista con una atenta inspección. La aclaración de la intencionalidad de la sensibilidad externa, con la que culmina la percepción, la comparación sensible, la *collatio* o juicio particular, los valores de los objetos, la intención de pasado y la sustancia, en la medida en que se sienta si se siente, son sensibles *per accidens* o excepcionales. Los conoce, respectivamente, el sensorio o conciencia sensible, la cogitativa y la memoria, y obviarlos o investigarlos incoherentemente mutila sin motivo la sensibilidad y desvirtúa el conocimiento que proporciona. El nivel intelectual tampoco es ajeno a la postergación o el empleo incoherente del sensible excepcional. Si se hace, se mal entiende desde el comienzo. La operación incoativa de la inteligencia es la abstracción y se abstrae o de formas puras de la imaginación o de imágenes vinculadas con las intenciones de pasado o futuro, que son sensibles *per accidens*. En el primer caso, se habla de acto de conciencia; en el segundo, de abstracción. Así que discriminar ambas operaciones, “que podrían disputarse la condición de primera” (II, 12, 1), no es posible sin el uso coherente del sensible *per accidens*. Éste y el cambio de signo son sólo ejemplos que ilustran cómo el rigor filosófico obliga a la coherencia. Mas cualquier otra noción serviría para advertirlo. La de acto haría comparecer la metafísica entera (I, 2, 19); la de objeto lleva hasta la linde de la antropología y permite vislumbrar el acto puro. Lo primero se debe a que el objeto es indicio de la persona: “yo significa *además* respecto de objeto” (II, 4, 28); lo segundo, porque impide la reflexión perfecta, que es el acto puro. Y, en fin, la noción de presencia lleva coherentemente hasta el Ser Supremo, pues “es la sugerencia más potente de Dios” (II, 5, 6).

3

La coherencia no admite excepciones y nada está eximido de sus exigencias. Tampoco el tiempo. Su arcana entraña da pie a hablar de él olímpicamente. Se ha enaltecido el pasado como el tiempo mejor e invitado a apurar el momento presente. Fausto, en la homónima obra de Goethe, pide un imposible, que se detenga el instante, y Nietzsche suplica que se haga eterno. Y, en fin, Walt Whitman iguala antes,

ahora y después y dice aceptar el tiempo absolutamente. *Hoy o después es para mí lo mismo, acepto el tiempo de una manera absoluta.* (*Here or henceforward it is all the same for me, I accept Time absolutely*). Es difícil saber que entienden por tiempo o a qué tiempo se refieren los autores aludidos u otros que cabría traer a colación. Parecen usarlo como un comodín o una pieza dúctil que cabe endentar en uno u otro engranaje según convenga. Ese descuido o falta de atención se debe seguramente a la polisemia del término que lo nombra. El tiempo es objetivado por operaciones de distintos niveles cognoscitivos. Tiene en cierta medida varios sentidos. “Los tiempos son plurales” (N, 7, 18). El tiempo isocrónico, por ejemplo, no es la cualidad primaria o sensible común llamado tiempo. Pero los “muchos tiempos” no constituyen una multitud de piezas dispersas sin conexión ni conceden carta blanca para usarlos al arbitrio. La arbitrariedad acarrea siempre funestas consecuencias. El *carpe diem* horaciano es un error antropológico del hedonismo. No es el placer lo primero amado, ni la aspiración más alta de la voluntad, ni el fin para el que es medio todo lo demás. Pero es, asimismo, una disparatada concepción del tiempo, ya que el instante, como todo lo irreal, no se puede agarrar, y “es imposible aceptar la realidad del instante” (N, 7, 21).

La ordenación poliana de los tiempos toma como eje la presencia mental. Los de la esencia física son inferiores a los que ella articula. Al primero llama Polo *antes*, puro retraso o tiempo elemental y “es propio del universo antes del *big-bang*” (N, 7, 20); al segundo, espacio-tiempo y tiempo veloz y “se inauguraría con el *big-bang*” (Ibid. 22); al tercero, sincronía, tiempo de la vida corpórea, de la pluralidad de eficiencias organizadas o de los cuerpos vivos. Se nota ya en las funciones práxicas que ejercen, es decir, en los movimientos vitales de nutrición, reproducción y crecimiento, se detecta con claridad en la embriogénesis, en “la reproducción sin mengua de la unidad formal del viviente”, y es el tiempo intracósmico más próximo al de la presencia. El de ésta, “formalmente más alto que el sincrónico”, es ya un tiempo humano. Polo lo llama tiempo articulado porque “la presencia articula el tiempo de la sensibilidad interna” (IV, 1, 149). Los tiempos humanos superiores a la articulación presencial son, respectivamente, el de la esencia y el de la persona humanas. El primero añade el futuro a la presencia y Polo lo denomina “futurización de la presencia”; el segundo lo describe como “futuro no desfuturizable” o tiempo de la esperanza, pues es respectivo a la culminación, que es insegura, de la persona. Aún habla Polo del tiempo “de la confirmación en gracia”, el de la Virgen María, y del “tiempo de la Santísima Humanidad del

Verbo”, que es superior al de la esperanza porque “en su caso alcanzar la culminación es seguro”.

4

El tiempo de la esencia humana permite la apertura de la presencia al futuro en los actos y hábitos de la inteligencia y la voluntad. Los segundos, los hábitos adquiridos, son superiores a las operaciones y en ellos se centra el crecimiento de la esencia humana. Pero “la futurización es más neta en las virtudes morales que en los hábitos adquiridos de la inteligencia” (N, 7, 29). Éstos son más estables por ser menos potenciales y aquéllos no son un crecimiento espontáneo sino un peculiar robustecimiento de la naturaleza humana que se llama virtud. Ya la etimología de la palabra alude a fuerza. El diccionario recuerda el sentido originario cuando la define como “actividad o fuerza de las cosas para producir o causar sus efectos”. *La Divina Comedia* conserva el significado de virtud como fuerza, valor y vigor. En el canto XVII del purgatorio, verso 53, se dice: *così la mia virtù quivi mancava (así mis facultades allí fallaban)*. Y en el 73: *O virtù mia, perchè sì ti dilegue (¡Oh fuerzas mías! ¿Por qué así me abandonáis?)*. La etimología, el diccionario y *La Divina Comedia* dan en el blanco y la acción humana permite confirmarlo. La acción humana es cibernética. Retroalimenta a su autor. Un carpintero fabrica mesas y otros enseres para hacer comfortable la vida del hogar. Después de una jornada de duro trabajo con la sierra, el cepillo, la lija y la madera fabrica mesas y armarios. Con su diario batallar va incrementando los objetos del mundo. Su trabajo produce cosas exteriores. Ése es el resultado visible de su acción. Pero no es el único. Él mismo ha ido cambiando con el diario ejercicio de su actividad. Se ha hecho mejor o peor ebanista. Su acción ha tenido dos efectos: uno sobre el mundo y otro sobre él. Ha hecho cosas visibles y se ha hecho a sí mismo. Una parte de su acción revierte sobre el mundo, la otra se queda en él. La segunda, la inmanente, lo labra poco a poco, como él la madera, hasta darle un perfil de buen o mal artesano. Cuando el violinista, después de horas de estudio gozoso y fatigoso, interpreta las *Partiten* de Johann Sebastian Bach, no sólo cambia el mundo haciendo que lo eterno resuene en el tiempo, sino que se cambia él: se hace un violinista virtuoso. La acción es fértil de efectos. Al salir de su autor produce cosas exteriores -sinfonías o muebles- que aumentan el número de las existentes. Pero, además, rebota y vuelve a él convertida en cincel y lo va cincelando. Si miente, se hace mentiroso; si entrena, maratoniano; si estudia, estu-

dioso; si da, dadivoso; si usurea, usurero, y si pinta, aprende a ver. La acción nos retroalimenta: nos hacemos al hacer. Camino se hace al andar, pero a nosotros mismos nos hacemos haciendo. Somos hechura de nuestros actos. Con mis acciones, esas gubias del carácter, labro despacio mi perfil interior. Cuando Sócrates dice que “es preferible padecer injusticia que cometerla”, además de formular la esencia de la ética, expresa para siempre cómo hace la acción al que la realiza. Enfrentados sin remedio al dilema socrático, es mejor padecerla, porque cuando soy objeto de la injusticia de otro, pese a ser lacerante, sólo lo paso mal, pero si la cometo yo, me hago a mí mismo injusto, y eso no pasa, sino que se queda. El que al hacer nos hagamos da a la acción un aire serio. Si no esculpiera, como el escultor la piedra, a su autor por dentro, un hombre sin escrúpulos e indiferente a la suerte de los demás podría hacer una cosa u otra y quedarse tan fresco. No le afectarían las consecuencias. La acción pasaría por él como la luz por el cristal: sin romperlo ni mancharlo. Hiciera lo que hiciera no se vería afectado. Quedaría, como el cristal, intacto. Sus actos no tendrían secuelas sobre él. En cierto sentido actuaría con completa impunidad, y las acciones, sin consecuencias para el que las realiza, perderían gravedad y hondura existencial. Obrar sería un pasatiempo. Pero no lo es. No es un entretenimiento ni una diversión porque al actuar nos la jugamos. Arriesgamos el perfil de nuestra hechura interior. Hacer una cosa u otra es una elección muy seria, pues nos va la vida en ello. Si miento, como he dicho, me hago mentiroso; si digo la verdad, sincero. La acción es cosa seria, como jugar con fuego, porque su efecto inmanente lo recibo yo. En cierto sentido hipoteca mi existencia. El efecto inmanente de la acción sobre el que la realiza se llama virtud o vicio. No puede haber otro resultado. O vicio o virtud es el corolario necesario de los actos. La seriedad de la ética se debe a este hecho: al obrar me premio o castigo inmanentemente. Si miento, me hago embustero; si digo la verdad, sincero. El premio de la acción a su autor se llama virtud. No es un premio aleatorio ni discrecional, sino necesario y fijo. Resulta forzosamente de la retroalimentación del sujeto por sus actos. El hecho inaudito de hacerse haciendo permite ver al hombre como ser beneficiario o víctima de su propia actividad. El beneficio es la virtud y robustece y refuerza su naturaleza hasta extremos increíbles. Da alas aligeras a su libertad para acometer lo que parece imposible: olvidarse de sí por el bien del otro.

El robustecimiento de la naturaleza por la virtud hace que el tiempo sea propicio para el crecimiento. Un tiempo así puede ser vivido sustrayéndose a la ruina y al deterioro de su curso inexorable. El paso del tiempo es letal. Todo lo arrasa y asola menos al ser personal. Éste puede crecer y mejorar dentro de él. Y en eso consiste la Ética, que Polo define como modo humano de vivir en el tiempo. Hoy, como la virtud, se ha oscurecido. Se anuncia el crepúsculo del deber y se idolatra la norma. La Ética se ha transformado o en ingeniería para tomar decisiones y se ha devaluado la virtud y la bondad. En el bazar poco concurrido de los valores morales se cotizan a la baja. De ambas se podría decir lo que dice Kant de la Metafísica: “la que en otros tiempos fuera reina de las ciencias, repudiada y abandonada, gime como Hécuba”. Del repudio se ha resentido la Ética. Cuando se presenta en público, lo hace de esa forma tímida que se llama ética mínima. El sistema social la aguanta a condición de que sea, como dice Wittgenstein, una rueda que no mueve o se vuelva indolora. Se la homenaja si proclama el hedonismo, el individualismo y demás variedades del narcisismo. Para sobrevivir ha traicionado su naturaleza y, en vez de mover al altruismo, exalta el egoísmo razonable. La opinión, alentada por Luhmann, de que es el paradigma perdido procede del desaliento causado por la devaluación a que me he referido. Esa devaluación es un error. Schopenhauer, un fino analista de la condición humana, lo ha reconocido con claridad. “Pues así, dice, como las antorchas y los fuegos artificiales se vuelven pálidos y deslucidos ante el sol, también el espíritu y hasta el genio, e igualmente la belleza, se eclipsan y oscurecen ante la bondad del corazón”.

José Luis del Barco
Universidad de Málaga
e.mail: jldelbarco@uma.es

